

Egostasis*

Santiago Montserrat Esteve

[...] lo que me es dado es [...] «mi vida» —no mi yo solo, no mi conciencia hermética, estas cosas son ya interpretaciones, la interpretación idealista.

Ortega y Gasset.

Un tema central de toda psicología, tanto normal como patológica, es el relativo al Yo. Nos referimos, claro está, al Yo psicológico, no al ontológico. Este distingo ya nos pone sobre la pista de la complejidad del concepto Yo. Ya en el lenguaje corriente cabe sospecharla. Así, en francés, se establecen diferencias entre el «je» y el «moi», además del «moi-même». En alemán todavía es más complicada la terminología relativa al Yo, puesto que, además del «Ich» y el «Selbst» o el «Sich-Selbst», en la «Egopsychologie» tropezamos con multitud de neologismos, acuñados aprovechando las posibilidades que este lenguaje ofrece. De esta forma, el pronombre personal se substantiva, adjetiva, etc., dando lugar a los derivados y compuestos más diversos. Sólo a título de ejemplos, citaremos «ichhaft», «Ichhaftigkeit», «selbig», «Entselbstung», «Selbstlichkeit», «Selbtheit», «Selbigkeit», «Sichtigkeit», etc. Esto ha acarreado, en castellano, la adopción de términos tales como «yoico», «yoísmo», «mismidad», «ipseidad» y tantos otros.

Por otra parte, el polifacetismo del Yo se desprende también de los calificativos con que se distinguen sus matices. Así, aparte del Yo psicológico y del ontológico, se distingue el corporal, el ideal (Ideal-Ich), el vegetativo, el afectivo (Gefühls-Ich), el instintivo (Trieb-Ich), el social (Gemeinschafts-Ich), el numérico, el substancial, el Yo-mismo (Selbst-Ich), el personal, el ético, el cósmico, etc., además del Yo esquizofrénico, del maniaco, del depresivo, del obsesivo, etc.

Pero, no es esto todo, con ser ya mucho. Hay autores que escamotean el Yo, trocando la egología por una personología; o involucrándolo con la conciencia, con sus estados, niveles y contenidos, o con el «Besinnung» (Störning), o con el Ser (Rubinstein) o incluso lo relegan a un puro espejismo subjetivo como en la Psicología objetiva (Bechterev), o en la conductista (Watson).

Esta situación de confusionismo es derivada de la peculiar naturaleza del Yo. Por el lado subjetivo, no hay nada más íntimo, más próximo a cada uno de

* Este texto apareció publicado en el *Anuario de Psicología*, 1, 45-55 (1969).

nosotros que el Yo personal, puesto que constituye nuestra propia esencia. Pero cuando tratamos de definirlo, de considerarlo objetivamente, nos resulta difícilmente aprehensible.

La propia introspección no es muy de fiar. Así, por esta vía, Jaspers estableció cuatro caracteres formales del Yo: conciencia de su actividad; de su unidad; de su identidad, y su oposición a la conciencia de lo externo y del otro (No-Yo). A esta fenomenología de la conciencia del Yo el gran psicopatólogo peruano Honorio Delgado añadió cuatro caracteres más con el siguiente resultado total: 1) distinción de la conciencia del Yo respecto de la conciencia del mundo exterior en general, y de las otras personas; 2) convicción de la existencia personal; 3) impresión de plenitud presente; 4) sentimiento de constancia potencial; 5) sentimiento de actividad; 6) conciencia de autonomía; 7) conciencia de unidad, y 8) conciencia de identidad.

Cada uno de estos caracteres puede alterarse. Así, en el éxtasis desaparecen los linderos entre lo externo y lo interno; hay una confusión entre el Yo propio y el ajeno en el transitivismo; falla la conciencia del Yo en la despersonalización; desaparece la constancia potencial bajo la vivencia de transformación de la personalidad, etc.

Se ve claramente cómo los caracteres formales de la conciencia del Yo distan mucho de poderse precisar y, además, no resisten el embate de múltiples afecciones psiquiátricas tales como esquizofrenia, síndromes comiciales, psicosis sintomáticas, etc., ni, en general, el de aquellas otras dolencias cerebrales, demenciales o no, que dan lugar a trastornos agnósticos de la más variada especie (anosognosias, miembros fantasmas, asomatognosias, autotopagnosias, heutoscopia, «negligencias» somáticas y espaciales, etc.) que repercuten sobre el Yo.

Pero no es necesario recurrir a la patología para darse cuenta de la labilidad del Yo. A cada sujeto normal se le eclipsa su Yo al sumergirse en el sueño, para reaparecer, más o menos distorsionado, a través de la actividad onírica.

Después de todo lo dicho no es de extrañar que nos hayamos formulado preguntas como éstas: ¿De qué enfoque debemos partir como psicólogos, especialmente en clínica, para el estudio del Yo? ¿Debemos admitir la concepción freudiana u otra similar? La respuesta es clara: las adquisiciones recientes de la psicología experimental obligan a replantear el problema con nuevos moldes, y nuestro trabajo representa un ensayo en este sentido.

La información en el desarrollo del Yo

Todo ser vivo, y tanto más cuanto más evolucionado, recibe constante información del medio en que vive. Hasta hace pocos años se decía que recibía estímulos. Vamos a detenernos en este punto que consideramos de gran interés.

Era sabido que los niños lobos poseían un escasísimo nivel mental. A pesar de haber vivido en la jungla, lo que significa que tuvieron que sortear toda clase de dificultades y peligros, sólo sabían manejar estímulos-señales, muy ele-

mentales, procedentes del medio en que se habían criado. Aunque esto les había permitido sobrevivir no había sido suficiente para desarrollar su Yo.

Los mismos recién nacidos, cuidados en un medio de estímulos uniformes (luminosos, auditivos, térmicos, etc.) presentan trastornos en su desarrollo psico-nervioso que obligan a suspender las experiencias. A los mismos resultados llegó Federico II del Imperio Romano —citado por Ajuriaguerra— cuando quiso averiguar si el lenguaje espontáneo de los niños mantenidos lejos de personas que les hablaran, sería el hebreo, el griego u otro, cosa que no pudo saber porque los niños sometidos a estas circunstancias murieron. Todo esto indica que para el normal desarrollo del niño, no sólo es necesario recibir alimentación y estímulos sensoriales, sino que precisan del contacto humano, y no sólo verbal, sino también afectivo.

Por eso se ha dicho que para la maduración del niño, en todos los aspectos, para facilitar su «formalización» de funciones —como diría Zubiri— no sólo necesita recibir unos alimentos para su cuerpo, sino de otro tipo en forma de una constante y adecuada información para el desarrollo de su psiquismo. Como ya hemos dicho en otras ocasiones, podemos comparar ambos tipos de nutriciones. De la misma manera que no podemos esperar que un ser humano sintetice moléculas complejas a partir de elementos y se moriría de hambre si nos limitáramos a administrarle elementos químicos, de igual forma no podemos esperar que por sí solo y a partir de estímulos elementales, llegue a organizar estructuras psicológicas complejas, fruto de la labor cultural de generaciones.

La información desde el medio al sujeto, debe ser administrada no sólo continuamente, sino en forma gradualmente complexificada y con la adecuada cronología. Por eso, no se ha logrado enseñar más de unas pocas palabras a los niños ferales porque su cerebro, al ser hallados, ya no reunía las condiciones necesarias para tal aprendizaje, propio del niño de uno a tres años. La falta de uso había atrofiado los correspondientes sectores cerebrales. Sin un lenguaje adecuado (los niños lobos sólo saben aullar) el pensamiento no puede evolucionar en la forma debida y su Yo no pasa de ser muy rudimentario.

A pesar de haberse reconocido la importancia capital de la adecuada información para el desarrollo del psiquismo infantil, hasta los últimos años no se habían percatado los psicólogos de la imperiosa necesidad del aflujo constante de la misma para el mantenimiento del equilibrio psíquico del adulto.

En efecto, para estudiar el comportamiento de los futuros astronautas que tendrían que vivir confinados inmóviles en cápsulas espaciales, se les sometió a pruebas de privación sensorial (*sensory restriction*, *sensory deprivation*, en inglés; *isolation sensorielle*, *désafférentation* [Ajuriaguerra] en francés). La experiencia de personas paralizadas por enfermedad, inmovilizadas dentro de un pulmón de acero, confinadas en una mazmorra o que por azares de la vida (navegantes solitarios perdidos en el océano, exploradores en zonas polares, desérticas o en simas, etc.) o que por su profesión (observadores de radar, pilotos de largos vuelos, etc.) se encontraban sometidas a un relativo aislamiento, ya había puesto de manifiesto alteraciones psíquicas derivadas del mismo. Pero las circunstancias no eran tan rigurosas como en las experiencias de laboratorio, especialmente cuando se utiliza la técnica hidrodinámica de Shurley, con la que además

de interceptar los canales óptico, auditivo y táctil se elimina el gravitatorio.

Como es sabido, al no percibirse información del medio externo el sujeto experimenta, al cabo de un tiempo, y en forma directamente proporcional a la intensidad del bloqueo sensorial, angustia, irritabilidad, ensueños, que pueden alcanzar un grado de confusión, ideas delirantes, e incluso cuadros esquizofrenoides, que obligan a interrumpir los experimentos.

A primera vista, estos resultados parecieron insólitos. Se creyó que al no recibir el sujeto información del mundo externo, se le facilitaría el pensar y, al replegarse el Yo sobre sí mismo, éste se sentiría fortalecido, pero, como ha demostrado la experimentación, ocurre todo lo contrario. Como que las experiencias realizadas en animales han dado los mismos resultados, se ha llegado a la ya citada conclusión de que para un ser vivo (hombre, vertebrado superior, etc.) pueda mantener su psiquismo e incluso su organismo en estado normal, es preciso que reciba una constante y adecuada información.

Cuando la «presión» informativa desciende, el sistema nervioso central dispone, hasta cierto punto, de medios para elevarla, especialmente a través del sistema reticular activador, como ha podido comprobarse experimentalmente. En efecto, cuando el sujeto por estar limitado sensorialmente, experimenta «hambre» de información, su receptividad está aguzada al máximo (descenso del dintel perceptivo). Por el contrario, cuando hay «saciedad» de información, ocurren todos los fenómenos opuestos. En lenguaje psicológico diríamos que cuando la presión informativa es muy baja se incrementa la atención y cuando es excesiva se inhibe, al menos en ciertos sectores. Así, un sujeto confinado en un calabozo insonorizado aguza sus oídos para captar el más pequeño ruido que pueda aportarle información del medio. En contraste, una persona que está en una sala donde simultáneamente varias le hablan procura centrar selectivamente su atención en una sola, desatendiendo a las demás, ya que no es capaz de asimilar más de 16 bits por segundo.

De todo lo expuesto se ha llegado a la conclusión de que existe un equilibrio entre la «presión» informativa del medio y las apetencias del sujeto, y que el órgano regulador de este equilibrio es el sistema nervioso central. Aunque los órganos sensoriales periféricos también disponen de dispositivos reguladores de las sensaciones (piénsese, por ejemplo, en la función de la pupila o en la de los músculos estapedio y del martillo) a nivel periférico sólo se regula la intensidad del «soporte informativo» (intensidad de luz o de sonido, en los ejemplos citados) mientras que en los centros lo que se regula es el caudal de «semántica informativa». Cuando lo que se nos explica no tiene interés para nosotros, no sólo hacemos «oídos sordos» en la periferia, sino en el córtex cerebral (aunque oigamos lo que se nos dice no percibimos su sentido), actuamos como agnósticos con sordera psíquica.

Sensoriostasis. Perceptostasis

D.P. Schultz ha propuesto calificar de *sensoriostasis* a la función reguladora del equilibrio entre el aporte informativo y las necesidades o apetencias de

información. Nosotros hemos propuesto sustituir tal designación por la de *perceptostasis*, ya que no se trata de un equilibrio a nivel sensorial, sino perceptivo. Como ejemplo del primero podemos poner la constancia, aproximada al óptimo, de la luz incidente sobre la retina gracias a las variaciones de diámetro del diafragma del iris. En relación al segundo, debemos resaltar que en algunas experiencias la privación no es propiamente sensorial, ya que, por ejemplo, por situar cristales esmerilados frente a los ojos, llega luz en abundancia a la retina pero sólo pueden percibirse claridad y sombras sin que éstas sean identificables. En tal caso, no obstante, los fenómenos observados en el psiquismo del sujeto de experimentación son los mismos que en la privación semántica o perceptiva y de ahí que hablemos de *perceptostasis*.

Homeostasis

El término *sensoriostasis* fue creado por similitud con el de *homeostasis*. Como es sabido, Claudio Bernard dijo que lo que posibilita la vida es la fijeza del medio interno, y Cannon (1932) propuso el término de *homeostasis* para designar esta estabilidad que se logra gracias a la existencia de una gran multitud de dispositivos reguladores.

Patrón¹

Al nacer, la vida es posible gracias a la existencia de centros que poseen unos *patrones* a los que tiene que ajustarse cada una de las constantes biológicas imprescindible para la vida. En la sangre, pongamos por caso, deben mantenerse muy próximos a un nivel *patrón*, so pena, si se desvían demasiado, de sobrevenir cuadros patológicos e incluso la muerte; en último lugar, no sólo el calcio, potasio, sodio, magnesio, glucosa, globulinas, fibrinógeno, fosfátidos, fermentos, etc., sino, además, el número y calidad de los elementos formes (hematíes, leucocitos, etc.). Estas constantes y otras, todavía más complejas (como la termorregulación), se mantienen gracias a circuitos cibernéticos a través de los cuales se comparan constantemente los valores reales con los *patrones* tipo, para dar lugar a las correcciones automáticas necesarias para no desviarse demasiado de los valores ideales establecidos en los *patrones* heredados.

Los centros mantenedores del equilibrio homeostático están estructurados jerárquicamente, en forma de pirámide cuyo vértice asienta en el tronco cerebral (mesodiencefalo). No entraremos en cuestión de detalles topográficos; nos basta subrayar que la representación del «intracuerpo» (Ortega y Gasset) cada día está mejor precisada.

1. En la moderna ciencia de la autorregulación, el concepto de «patrón» (que hemos tomado del inglés *pattern*) es imprescindible. Los autores alemanes le llaman *Sollwert* (valor ideal, o que debería ser) en oposición al *Istwert* (valor real o actual); los franceses le califican de *But*, *Dessein* y algún autor (Bonsack) le llama *But-visé*.

Se nos podría objetar que el concepto de *patrón*, base de la regulación homeostásica, no tiene un equivalente en orden a la *sensoriostasis*. Sin embargo, estos *patrones* existen igualmente con la sola diferencia de que, mientras los primeros son innatos, los segundos se forman a través de la experiencia y educación y pueden persistir largo tiempo o desaparecer fugazmente, según su cometido. Así, al aprender una palabra, que corresponde a un objeto (como «mesa»), a un concepto («triángulo») o a una relación, adquirimos *patrones* para el Yo psicológico. Cuando nos proponemos algo (andar, coger un objeto), establecemos un *patrón* fugaz, que desaparece una vez realizado nuestro propósito.

Obsérvese que toda educación consiste en proporcionar unos *patrones* a los que deben adaptarse nuestras acciones, lo que quiere decir que no se nace con un Yo sino que se va forjando a través del aprendizaje (Sherif, Cantril).

En resumen, mientras los *patrones* homeostásicos son hereditarios y fijos (corresponden a los reflejos absolutos de Pavlov), los *sensoriostásicos* (perceptostásicos) se forman por educación o iniciativa propia y son mucho más lábiles (pertenecen a los reflejos condicionados de Pavlov).

Egostasis

Se ha dicho que el Yo cabalga entre el mundo externo y el interno. Sin embargo, esta afirmación es mucho más compleja, como vamos a ver.

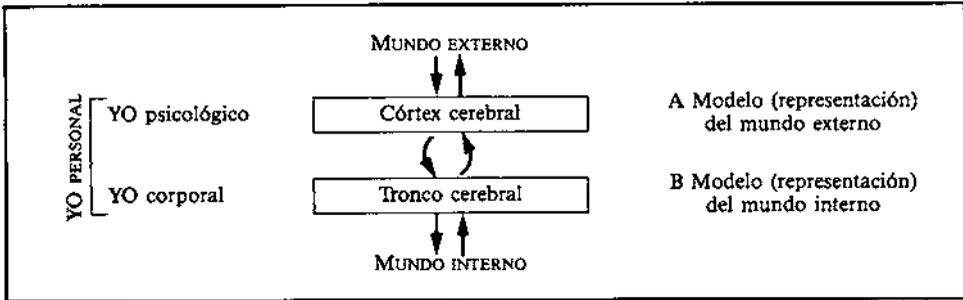
En general se admite que el Yo personal tiene dos vertientes: una, correspondiente al Yo psicológico, y otra, al Yo corporal.² La primera corresponde a la representación o modelo del mundo externo que cada uno de nosotros crea de acuerdo con su propia experiencia y «formalización» personal. Aunque haya una correlación, casi biunívoca, entre esta representación y la realidad, no son coincidentes; por eso, cada sujeto plasma su versión personal que además va retocando de acuerdo con su experiencia, grado de madurez, etc. Como ha dicho H. Ey, «ser consciente es disponer de un modelo personal del mundo». Sin este modelo no puede haber proyección del Yo en el futuro y la «futurición» es una condición inherente al Yo (Ortega y Gasset).

Tampoco el Yo corporal coincide con el mundo interno, y no sólo porque una posible patología altere su concordancia, sino porque varía de acuerdo con las vicisitudes inherentes a la particular vida de cada sujeto. No obstante, el Yo corporal no sólo representa nuestro mundo interno (intracuerpo, medio interno) de un momento dado, sino de toda nuestra vida, a través de la correspondiente memoria.

En el esquema I hemos sintetizado lo expuesto para hacerlo más didáctico. Las flechas verticales representan los canales por los que se transmite la información procedente del mundo externo e interno a los centros que la almacenan, y de los que sale la respuesta. Pero esta información ha de elaborarse para que sea útil. Piaget entre otros, ha estudiado con detalle este punto propio de la psicología genética.

2. Cabaleiro Goás sintetiza estos conceptos, muy didácticamente, en sus *Temas Psiquiátricos*.

ESQUEMA I



Si el Yo corporal se mantiene gracias a la función homeostásica y el Yo psicológico a la función sensorioestática (perceptostática), el Yo personal podemos equipararlo a una relación equilibradora entre ambas, a la que hemos designado con el nombre de *Egostasis*. Sin este equilibrio el Yo personal se altera y puede incluso desaparecer.

En efecto, hay un constante flujo y reflujo de información (que hemos representado por flechas curvas) entre el sector del sistema nervioso que representa el modelo del mundo externo y el correspondiente al interno. Cualquier alteración en uno de ellos repercute en el otro y viceversa. Hay una tendencia dinámica a la busca del equilibrio entre ambos modelos (*egostasis*); por eso el Yo personal debe considerarse en un constante fluir dinámico. Cuando tiende al estatismo surge el éxtasis o el autismo en cuyo inmovilismo el Yo se hunde en la nada. Ya Fichte decía que el Yo es acción.

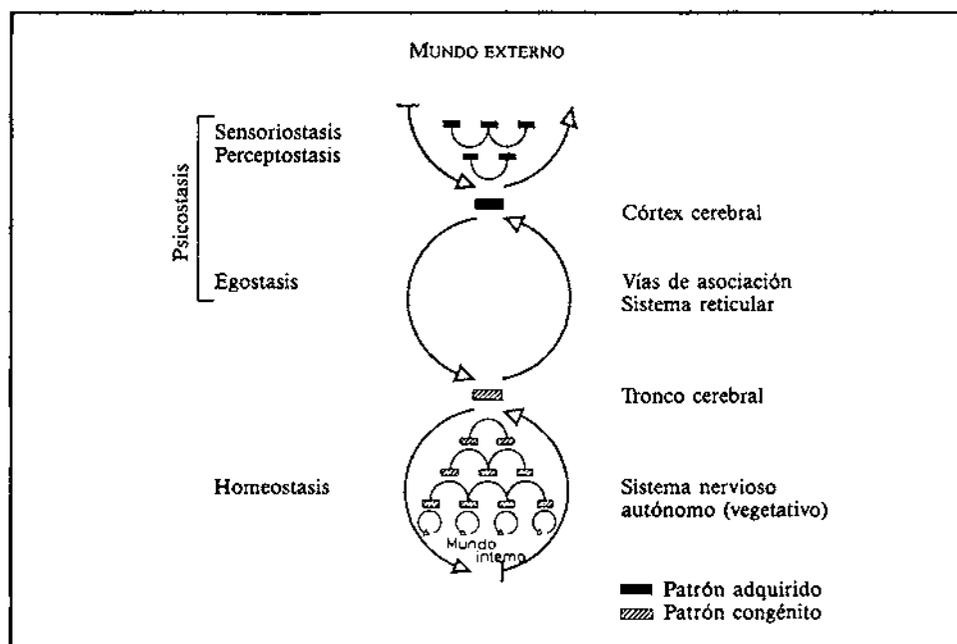
En el caso del sujeto sometido a privación sensorial, la «presión» informativa procedente del mundo externo se ha reducido al mínimo, mientras que la del mundo interno se mantiene invariable. Este desequilibrio entre *A* y *B* es demasiado intenso para que la *egostasis* pueda compensarlo. En los protocolos de tales experimentos se observa cómo el Yo personal se siente amenazado, primero por la angustia y luego por fantasías, casi siempre de matiz paranoide, que desembocan en una escisión esquizoide. Como dice López Ibor, en la angustia vital «el ser siente que se desatan las armaduras del Yo, pero cuando la marea angustiosa sube, es la propia existencia del Yo la amenazada, no sólo su unidad». También se puede decir a la inversa: que surge la angustia cuando el soporte del Yo tiende a desintegrarse, que es lo que ocurre en la privación sensorial.

En el sueño ocurre otro tanto, pero por tratarse de un fenómeno fisiológico no se alcanzan cuadros intensos. Después de los estudios de los últimos años se sabe que el dormir no es uniforme sino oscilante entre una fase de sueño superficial y otro profundo (estadio REM, sueño rombencefálico o paradójico). Prescindimos de las fases intermedias de la moderna clasificación (la terminología de Loomis abarca del estadio *A* al *E*) para no complicar la exposición. Por igual razón no hacemos referencia a las oscilaciones que se establecen durante el sueño ante los sistemas ergotrope y trofotrope.

En la primera fase, la actividad electroencefalográfica se lentifica y, para-

lamente, el Yo personal va desapareciendo progresivamente. En esta fase hay más pensamientos que ensueños, pero pronto empiezan a perder la ilación lógica para suplantarla la mágica. En la segunda fase, la actividad cortical reaparece y el EEG es similar al trazado en estado vigil. Sin embargo, en ella hay una intensa actividad onírica impuesta por la preponderancia de *B*. En esta fase, la desconexión respecto al mundo externo se pone de manifiesto por la dificultad, durante la misma, de despertar al sujeto durmiente. La progresiva actividad de *A* (por la influencia de *B*) compensa la preponderancia de *B*, por lo que el sujeto asciende del sueño profundo, los sueños tienden a desaparecer y entra en una fase de sueño superficial del que es fácil despertarle. Estas oscilaciones, que suelen repetirse en el sueño normal de tres a cinco veces cada noche, en el curso de la misma son cada vez más amortiguadas (menor profundidad y mayor amplitud del sueño paradójico) lo que confirma la existencia de un sistema regulador oscilante entre *A* y *B*.

ESQUEMA II



Obsérvese que en el Yo vigil hay preponderancia de lo objetivo y de la lógica; en el Yo en estado onírico, de lo subjetivo, de la magia. Ello es debido a que en el primer caso, *A* es activada por la información procedente del mundo externo (flecha descendente superior del Esquema I), mientras que en el segundo lo es por la información procedente del interno (flecha ascendente inferior de dicho Esquema). Tanto en las experiencias de privación sensorial, como en el sueño,

la egostasis se desequilibra por insuficiencia de aferencias informativas, globales, procedentes del exterior. No obstante, como ocurre en los sujetos que experimentan la súbita pérdida de la visión, audición, etc., la falta de información puede ser parcial. Cuando es lenta, hay tiempo para que se organice el equilibrio, pero cuando es rápida los trastornos psicopatológicos son mucho más frecuentes. Lo mismo pasa con el miembro fantasma de los amputados. Es más, recientemente, no sólo se han estudiado las repercusiones de la privación sensorial, sino las que se derivan de la privación afectiva y social y no sólo en personas (desplazadas, confinadas, aisladas, etc.), sino en animales superiores.

Para no salir del campo psicológico no vamos a aducir hechos procedentes de la clínica psiquiátrica. En ella encontramos los más variados casos de la patología egostásica. Sólo reproducimos otro Esquema II de nuestra concepción, que presentamos en el último Congreso Internacional de Medicina Cibernética (Nápoles, 1968), y cuyos antecedentes datan del año 1962.

Este Esquema, aparte de explicar hechos, como los derivados de las experiencias de privación sensorial, que resultan difíciles por otras vías, permite proyectar nuevas experiencias para tratar de confirmarlo en sus detalles.

Resumen

Tal como para el mantenimiento de la vida se precisa de la autorregulación de las constantes biológicas (homeostasis) y para el equilibrio de la relación con el mundo de otra autorregulación sensorio-perceptiva (sensoriostasis, perceptostasis), debe admitirse otra tercera equilibración dinámica entre ambas que por considerarla imprescindible para el mantenimiento del Yo personal hemos calificado de Egostasis. La teoría de la información permite completar esta hipótesis entroncándola con la *Informationpsychologie* de Helmar Frank. Ambas aportaciones de la Cibernética a la Psicología abren nuevos campos a la psicología experimental.

REFERENCIAS

- Ajuriaguerra, J. de (1965). *Désafférentation expérimentale et clinique*. Genève: Goerg & Cie.; Paris: Masson & Cie.
- Cabaleiro Goas, M. (1966). *Temas Psiquiátricos*. Tomo II. Madrid: Paz Montalvo.
- Delgado, H. (1962). *Contribuciones a la Psicología y a la Psicopatología*. Lima: Peri Psyches, Ediciones.
- López Ibor, J.J. (1950). *La angustia vital*. Madrid: Paz Montalvo.
- Montserrat Esteve, S. y otros. (1962). Conciencia y «Besinnung» en su correlación con la afectividad. *Ann. Med.*, 48, 1, pp. 1-16.
- Ortega y Gasset, J. (1958). *¿Qué es Filosofía?* Madrid: Revista de Occidente.
- Piaget, J. (1967). *Biologie et Connaissance. Essai sur les relations entre les régulations organiques et les processus cognitifs*. Paris: Gallimard.
- Schultz, D.P. (1965). *Sensory Restriction*. New York: Academic Press.

